

Una habitación en un bloque de pisos de un gueto negro de Nueva York. Hay una cocina con sus fogones y un frigorífico grande. Una puerta que da al pasillo exterior y otra, presumiblemente, a un dormitorio. La puerta del pasillo está provista de una extravagante colección de cerraduras y barras de seguridad. Hay en la habitación una mesa barata de formica y dos sillas de plástico con patas cromadas. La mesa tiene un cajón. Encima de la mesa hay una biblia y un periódico. Unas gafas. Un bloc y un lápiz. En una de las sillas (lado derecho del escenario) está sentado un hombre negro corpulento y en la otra un hombre blanco de mediana edad con pantalón de chándal y zapatillas de deporte. Luce una camiseta, y la parte de arriba del chándal —que hace juego con el pantalón— está puesta sobre el respaldo de su silla.

NEGRO: Bueno, profesor, y ahora ¿qué hago con usted?

BLANCO: ¿Por qué habría de hacer nada?

NEGRO: Ya se lo he dicho, hombre. A mí que me registren. Esta mañana cuando he salido de aquí para ir al curro usted no entraba en mis planes. Y ya ve.

BLANCO: Eso no significa nada. Lo que sucede no necesariamente ha de tener otro significado.

NEGRO: Mm-mm. No, ¿eh?

BLANCO: No.

NEGRO: ¿Y qué significa entonces?

BLANCO: No significa nada. Uno se cruza con gente, puede que algunos estén en un aprieto o lo que sea, pero eso no quiere decir que deba sentirse responsable de ellos.

NEGRO: Mm-mm.

BLANCO: Además, la gente que siempre anda fijándose en desconocidos suele ser la que nunca se fija en aquel en quien debería fijarse. O así lo veo yo. Si uno se limita a hacer lo que se supone que debe hacer, nunca se convierte en héroe.

NEGRO: Se refiere a mí, ¿eh?

BLANCO: No sé. ¿Sí?

NEGRO: Bueno, no le niego que lo que dice tiene su punto de verdad. Pero volviendo a lo nuestro, yo ni idea de la clase de persona en la que tenía que fijarme ni qué se suponía que iba a hacer cuando la encontrara. En este caso solo había una forma de actuar.

BLANCO: ¿Cuál?

NEGRO: Hombre, veo allí un tipo y pienso: Vale, no puedo decir que parezca un hermano, pero ahí está. Qué tal si le miro otra vez.

BLANCO: Ah. Y eso ha hecho.

NEGRO: Bueno, cualquiera le habría mirado. Déjeme que le diga que ha sido usted bastante directo.

BLANCO: ¿Cómo que directo? Yo no he dicho nada. Ni siquiera le he visto.

NEGRO: Mm-mm.

BLANCO: Será mejor que me marche. Estoy empezando a ponerle nervioso.

NEGRO: Qué va. No me haga caso. Parece un buen tipo, profesor. Será que no entiendo cómo ha podido meterse en semejante lío.

BLANCO: Ya.

NEGRO: ¿Se encuentra bien? ¿Anoche durmió?

BLANCO: No.

NEGRO: ¿Y cuándo decidió que tocaba hacerlo hoy? ¿Es un día especial?

BLANCO: No. Bueno, hoy cumpla años. Pero no lo considero un día especial en absoluto.

NEGRO: Pues cumpleaños feliz, profesor.

BLANCO: Gracias.

NEGRO: O sea que vio que se acercaba su cumpleaños y pensó que quizá era un buen día.

BLANCO: No sé. Quizá es que los cumpleaños son peligrosos. Como la Navidad. Adornos colgando de los árboles, guirnaldas colgando de las puertas, cadáveres colgando de tubos de calefacción a lo largo y ancho de todo el país...

NEGRO: Mm-mm. Eso no dice mucho de la Navidad, desde luego.

BLANCO: La Navidad ya no es lo que era.

NEGRO: Yo diría que ahí ha dado en el clavo, sí señor.

BLANCO: Tengo que irme.

Se levanta. Coge la chaqueta del respaldo de la silla y se la pone sobre los hombros, y luego introduce ambos brazos en las mangas en lugar de meter primero un brazo y después el otro.

NEGRO: ¿Siempre se pone la chaqueta así?

BLANCO: ¿Le parece mal cómo me pongo la chaqueta?

NEGRO: No he dicho que me pareciera mal. Pensaba si era su método habitual, nada más.

BLANCO: No tengo un método habitual. Simplemente me la pongo.

NEGRO: Mm-mm.

BLANCO: ¿Qué? ¿Le parece afeminado o algo así?

NEGRO: Mm-mm.

BLANCO: ¿Qué pasa?

NEGRO: No pasa nada. Estoy aquí sentadito observando cómo hacen las cosas los profes.

BLANCO: Vale, muy bien. Pero tengo que irme.

El negro se pone de pie.

NEGRO: Bueno, voy a por la chaqueta.

BLANCO: ¿La chaqueta?

NEGRO: Sí.

BLANCO: ¿Adónde va?

NEGRO: Le acompaño.

BLANCO: ¿Cómo que me acompaña? ¿Adónde?

NEGRO: Adonde vaya usted.

BLANCO: Ni hablar.

NEGRO: Eso lo veremos.

BLANCO: Yo voy a mi casa.

NEGRO: Muy bien.

BLANCO: ¿Muy bien? Usted no se viene a casa conmigo.

NEGRO: Vaya que no. Espere que cojo la chaqueta.

BLANCO: No puede venir a mi casa.

NEGRO: ¿Por qué?

BLANCO: Porque no.

NEGRO: Esta sí que es buena. ¿Usted puede venir a mi casa y yo no puedo acompañarlo a la suya?

BLANCO: No. Quiero decir, no se trata de eso. Necesito ir a mi casa y punto.

NEGRO: ¿Vive en un piso?

BLANCO: Sí.

NEGRO: Y qué pasa, ¿no dejan entrar negros en el edificio?

BLANCO: No. Quiero decir, claro que dejan. Mire, basta de bromas. Tengo que irme. Estoy muy cansado.

NEGRO: Bueno, espero que no se arme ningún follón porque entre yo en el edificio.

BLANCO: Habla en serio.

NEGRO: Yo diría que usted sabe que sí.

BLANCO: No puede estar hablando en serio.

NEGRO: Por mis muertos que sí.

BLANCO: ¿Por qué lo hace?

NEGRO: ¿Yo? ¿Y qué quiere que haga? No tengo elección.

BLANCO: Claro que la tiene.

NEGRO: Que no.

BLANCO: ¿Quién ha dicho que sea mi ángel de la guardia?

NEGRO: Voy a por la chaqueta.

BLANCO: Le he hecho una pregunta.

NEGRO: La respuesta ya la sabe. Yo no le he pedido que saltara a mis brazos esta mañana en el metro.

BLANCO: Yo no he saltado a sus brazos.

NEGRO: Ah, ¿no?

BLANCO: No.

NEGRO: ¿Y cómo fue a parar ahí, entonces?

El profesor permanece de pie, cabizbajo. Mira la silla y luego da media vuelta y se sienta.

NEGRO: ¿Qué? ¿Ahora no nos vamos?

BLANCO: ¿De verdad piensa que Jesús está en esta habitación?

NEGRO: No es que lo piense.

BLANCO: Ah, ¿no?

NEGRO: Yo sé que está en la habitación.

*El profesor junta las manos sobre la mesa y baja la cabeza.
El negro retira la otra silla y se sienta otra vez.*

NEGRO: Es la manera de decirlo, profesor. Como si yo le preguntara si piensa que lleva puesta la chaqueta. ¿Me entiende?

BLANCO: No es lo mismo. Hay un acuerdo tácito. Si usted y yo decimos que llevo puesta la chaqueta y Cecil dice que yo estoy desnudo y que tengo rabo y la piel verde, quizá deberíamos ir pensando en dónde meter a Cecil para que no acabe mal.

NEGRO: ¿Quién es Cecil?

BLANCO: No es nadie. Solo un hipotético... No hay ningún Cecil. No es más que una persona que he inventado para ilustrar mis palabras.

NEGRO: Que ha inventado...

BLANCO: Sí.

NEGRO: Mm-mm.

BLANCO: No empecemos otra vez, ¿eh? No es lo mismo. Que yo me haya inventado a Cecil.

NEGRO: Pero se lo ha inventado. ¿O no?

BLANCO: Sí.

NEGRO: Y la opinión de Cecil no cuenta.

BLANCO: Así es. Por eso me lo he inventado. Podría haberlo dicho al revés. Podría haber hecho que

fuera usted el que pensaba que yo no llevaba puesta la chaqueta.

NEGRO: Y lo del rabo y todo eso.

BLANCO: Sí.

NEGRO: Pero no lo ha hecho.

BLANCO: Es evidente.

NEGRO: Se lo ha endilgado a Cecil.

BLANCO: Sí.

NEGRO: Pero Cecil no puede defenderse, ¿vale?, porque como no está de acuerdo con el resto del personal su palabra no vale nada. Quiero decir sin contar con que usted se lo haya inventado y que tenga rabo y la piel verde.

BLANCO: El de la piel verde no era él. Soy yo. ¿Adónde vamos a parar?

NEGRO: Solo quiero saber cosas de Cecil.

BLANCO: Me parece que no. ¿Usted ve a Jesús?

NEGRO: No. Verle no le veo.

BLANCO: Pero le habla.

NEGRO: Todos los días.

BLANCO: Y él le habla a usted.

NEGRO: Me ha hablado, sí.

BLANCO: ¿Usted le oye? Quiero decir, ¿habla alto?

NEGRO: No, alto no. No es una voz lo que oigo. Bueno, tampoco oigo la mía, ya puestos. Pero le he oído.

BLANCO: ¿Y no será que Jesús está solo en su cabeza?

NEGRO: Está en mi cabeza.

BLANCO: Entonces no entiendo qué es lo que intenta decirme.

NEGRO: Ya lo sé, criatura. Mire, lo primero que tiene que entender es que dentro de mi cabeza no

hay pensamientos propios. Lo que no tenga el persistente aroma de la divinidad no me interesa.

BLANCO: El persistente aroma de la divinidad.

NEGRO: Sí. ¿Qué, le ha gustado?

BLANCO: No está mal.

NEGRO: Se lo oí un día por la radio a un predicador negro. El caso es que yo lo probé pero por la otra vía. Y quiero decir a lo bestia. Era como un caballo desbocado, un semental galopando a ciegas por el bosque. Madre mía. Vaya si no lo intenté. Si encuentra usted a alguien que haya puesto más empeño que yo, me lo presenta. Caso de que lo encuentre. ¿Y a que no sabe adónde me llevó todo eso?

BLANCO: No. Ni idea.

NEGRO: A la muerte en vida. Nada más y nada menos.

BLANCO: La muerte en vida.

NEGRO: Como lo oye. Iba por ahí tan muerto que ni me acordaba de vivir.

BLANCO: Entiendo.

NEGRO: Lo dudo, pero deje que le haga una pregunta.

BLANCO: Bueno.

NEGRO: ¿Ha leído alguna vez este libro?

BLANCO: Cosas sueltas. Estudios sobre la obra.

NEGRO: ¿Lo ha leído?

BLANCO: Leí *El libro de Job*.

NEGRO: Que, si, lo, ha, leído.

BLANCO: No.

NEGRO: Pero ha leído la tira de libros.

BLANCO: Sí.

NEGRO: Así a voleo, ¿cuántos?

BLANCO: No sabría decirle.

NEGRO: Aproximadamente, hombre.

BLANCO: No sé. Un par de libros a la semana. Un centenar al año. Eso durante cerca de cuarenta años.

El negro coge un lápiz, lame la punta y se inclina sobre el bloc mientras se esfuerza por hacer unas sumas, la lengua asomada a la comisura de la boca, una mano sosteniendo la cabeza.

BLANCO: Cuarenta por cien son cuatro mil.

NEGRO (*riendo casi*): Me estaba quedando con usted, hombre. Dígame una cifra, un número. El que quiera. Yo se lo multiplico por cuarenta.

BLANCO: Veintiséis.

NEGRO: Mil cuarenta.

BLANCO: Ciento dieciocho.

NEGRO: Cuatro mil setecientos veinte.

BLANCO: Cuatro mil setecientos veinte.

NEGRO: Sí señor.

BLANCO: La respuesta es la pregunta.

NEGRO: ¿Cómo dice?

BLANCO: Que ahí tiene el siguiente número.

NEGRO: ¿Cuál? ¿Cuatro mil setecientos veinte?

BLANCO: Sí.

NEGRO: Es una cifra muy alta, profesor.

BLANCO: Y que lo diga.

NEGRO: ¿Sabe cuánto da multiplicado por cuarenta?

BLANCO: ¿Yo? No.

NEGRO: Ciento ochenta y ocho mil ochocientos.

Siguen sentados.

BLANCO: Déjeme eso.

El negro empuja lápiz y bloc por encima de la mesa. El profesor hace los cálculos y mira el resultado y luego mira al negro. Empuja lápiz y bloc en dirección contraria y se retrepa en la silla.

BLANCO: ¿Cómo lo hace?

NEGRO: Los números son el mejor amigo del negro. Para mantequilla y huevos. Para jugar a los dados. Si eres hábil con los números le puedes echar un maleficio a tu hermano. Requisarle la billetera. En la trena hay horas de sobra para practicar.

BLANCO: Ya veo.

NEGRO: Pero volviendo a todos esos libros que dice que ha leído. Le parece que podrían ser unos cuatro mil...

BLANCO: Algo por el estilo. Tal vez más.

NEGRO: Pero este de aquí no lo ha leído.

BLANCO: No, el libro entero no.

NEGRO: ¿Y cómo es eso?

BLANCO: Pues no lo sé.

NEGRO: ¿Cuál diría que es el mejor libro que se ha escrito nunca?

BLANCO: No tengo ni idea.

NEGRO: Pruebe, hombre.

BLANCO: Hay muchísimos libros buenos.

NEGRO: Vale, pues elija uno.

BLANCO: Tal vez *Guerra y paz*.

NEGRO: Muy bien. ¿Le parece que es mejor libro que este?

BLANCO: No lo sé. Son muy diferentes, no se pueden comparar.